

TEATRO DE ITURBIDE.

Que México es la ciudad de todas las Américas que cuenta con mayor número de buenos, sólidos y costosos edificios, es una verdad innegable y reconocida por todos los viajeros, y verdad que cada día se patentiza mas y mas con las grandiosas fábricas que se elevan sobre los cimientos de antiguas casuchas que se han derribado, y en las solitarias plazuelas en que hace poco, se veían algunas que otras tiendas de apollada madera, ocupadas por ropavejeros. La plaza del Volador, que está junto al palacio nacional, la de San Juan, y la en que se hallan las hermosas casas que ocupan el frente del hospital de Jesus, no eran, hace algunos años, mas que puntos repugnantes, cubiertos de miserables tendejones de débiles tablas, en que se vendían fierro viejo, ropa usada, tomos de obras incompletas y otras baratijas, que daban un aspecto triste al resto de la ciudad.

¿Y qué otra cosa era la plazuela del Factor, antes que al infatigable D. Francisco Arben le ocurriera construir en ella el magnífico teatro de Iturbide que hoy admiramos? Un sitio ocupado por lúgubres barracas, convertidas en sucias barberías, destinadas á la gente mas pobre de la sociedad.

Sí; esto fué la plazuela del Factor hasta el día 16 de Diciembre de 1851, en que el Sr. Arben, despues de haber vencido todos los obstáculos, y de conseguir gruesas cantidades de varios particulares y del Esmo. Ayuntamiento, logró ver colocar la primera piedra del suntuoso edificio que se ha ido construyendo con algunas interrupciones, y que se estrenó el Domingo 3 de Febrero de 1856, con un brillante baile de máscaras.

La fachada de este brillante coliseo, que revela á la vez que el gusto, saber y talento del distinguido arquitecto mexicano D. Santiago Mendez, que lo construyó, el progreso y la civilizacion de los habitantes de México, presenta un lindo pórtico, sostenido por cuatro esquisitas columnas, hasta el cual penetran en tiempo de lluvias los coches, consiguiendo de esta suerte las señoras, penetrar en el salon sin mojarse: sobre estas columnas se descubren el primero y segundo cuerpo del edificio, cubiertos de cristales, que dan á espaciosos salones, destinados al recreo, y provistos de aguas aromáticas, esencias, perfumes, pomadas, y de cuanto sirve al afeite del bello sexo.

Pero si agradable es la vista que presenta el exterior del edificio que nos ocupa, sorprendente y maravillosa es la que el observador advierte al penetrar en el interior: el lujoso local, destinado á los espectáculos dramáticos, y que es el que representa la presente litografía, está ostentando por todas partes el oro y la plata, diestramente colocados en los selectos adornos y delicadas molduras de las risueñas y delgadas columnas que dividen los bien repartidos palcos.

En primer término preséntanse 18 sobresalientes plateas, en que la maestría del hábil dorador, rivaliza con la sencillez y gusto del arquitecto: encima de estas pintorescas plateas, admírase un delicioso anfiteatro corrido, que volando, por decirlo así, sobre las primeras bancas del patio, queda descubierto á los ojos de los concurrentes: anfiteatro lindísimo, y lugar el mas á propósito, para que las hermosas y esbeltas hijas de este pintoresco suelo, puedan lucir sus ricos y elegantes trajes.

Al apartar la vista de este punto y alzarla para seguir el escámen de la belleza del salon, preciso es detenerse en los 17 palcos primeros, y en

los segundos, que son 21, así como en la llamada *tertulia*, que viene á formar una especie de palcos terceros, sobre los cuales se descubre la cazuela, cómoda, lujosa y rica, como el resto del edificio.

Al reflejar las blancas y brillantes luces de la magnífica araña de cristal que adorna el teatro, en las esquisitas molduras y adornos de oro y plata, de las ligeras columnas de esos palcos, y en los riquísimos vestidos de las bellas, cuanto amables mexicanas, de ojos negros y labios de encendido coral, el observador se estasia, y se juzga trasportado á uno de esos palacios encantados, que nos describen en los fantásticos cuentos de las hadas.

A la hermosura indescribible, que en el salon se advierte, corresponden la comodidad y el aseo que por todas partes reinan.

En el piso de los palcos primeros, se ostenta un hermoso salon destinado al recreo, embellecido con dorados espejos y muebles de esquisito gusto: en otra ancha y bien adornada sala, provista, como llevamos dicho, de cuanto forma el tocador del tierno, amable y bello sexo, hay una jóven de buena educacion, destinada solamente al servicio de las señoras que algo necesiten; y en una division formada en este mismo departamento, se hallan lujosas mesas de noche, con sus necesarios, á la exclusiva disposicion de las señoras.

Pero no solo á las personas acomodadas, abonadas en los principales lugares, les están reservados esos salones de recreo y de desahogo, sino que tambien á los concurrentes á la *tertulia* y cazuela, se ha atendido con amplias salas, colocadas en lugar cómodo y conveniente.

El escenario es bastante espacioso, y el arco del foro, digno de figurar en los mejores teatros de Europa. Las decoraciones, pintadas por el hábil artista mexicano D. Manuel Serrano, así como las figuras mitológicas, colocadas en el magnífico cielo raso, y debidas á la inteligencia del espresado pintor, son bellísimas, frescas y bien acabadas.

D. Francisco Arben, que concibió el pensamiento de esta obra, que dará siempre honor á México, se ha hecho digno á la gratitud de sus compatriotas, y á que la posteridad le consagre un recuerdo, tanto por el infatigable celo y constancia con que llevó á cabo la grande empresa del Teatro Nacional, en que sepultó su fortuna por dar á su país esplendor y brillantez, como por la nueva obra que hoy se eleva magestuosa, en un lugar que en otro tiempo no contaba mas que con casuchas de viejos tablones, destinadas á miserables barberías y tiendas de ropa vieja. El costo del edificio ha ascendido á 180.000 duros; y la primer comedia representada en él, é intitulada: "¿Y para qué?" produccion del aprovechado jóven mexicano D. Pantaleon Tovar, fué desempeñada por la señora Doña María Cañete, escelente actriz española; Doña Manuela Francesconi, tambien española; Doña Josefa García, compatriota de las primeras; D. Juan Mata, español, y uno de los mejores actores que han venido de la península; D. Manuel Fabre, español tambien, y escelente galán jóven, debiéndose contar entre la compañía dramática, aunque no trabajó esa noche, al aprovechado y distinguido actor mexicano D. Antonio Castro, á quien siempre el público recibe con espontáneos aplausos.

NICETO DE ZAMACOIS.

LA PLAZUELA DE SANTO DOMINGO.

Hay cosas que si á los ojos del vulgo no tienen todo el valor que merecen, presentan sin embargo al observador, un lado tan curioso y tan digno de profundizarse, que el escritor se sorprende, al ver que haya pasado tanto tiempo desapercibido lo que encierra en su estudio un problema y una solucion.

La plazuela de Santo Domingo de México, una de las mas pequeñas de la capital, considerando el punto central en que se halla, tiene una aglomeracion de objetos dignos de estudiarse en su conjunto y en sus detalles. Si en ella no pudo levantar la arquitectura sus palacios y monumentos de aspecto elegante y seductor, la casualidad la ha convertido en un emblema del progreso de los tiempos.

Colocada muy cerca de la plaza de armas, la plazuela de Santo Domingo, abierta hácia el Sur por la calle del mismo nombre, está flanqueada por dos calles que se dirigen paralelas al Poniente y limitan su portal. Al Oriente tiene otras dos calles, que desembocando en la plaza, forman la manzana de la Aduana; y al Norte tiene una calle única, estando cerrada hácia este lado por su convento. En el centro debia estar una fuente; pero quedó colocada un poco mas á un lado. Esta fuente, bastante fea, tiene en su remate una águila.

La Plazuela, casi cuadrilátera, está formada, como llevamos dicho, por un portal al Poniente, la iglesia de Santo Domingo al Norte, la Aduana al Oriente, y al Sur un pedazo de manzana y una calle. En el ángulo que separa la Aduana de la iglesia, está el edificio de la ex-Inquisicion. Conocidas ya las localidades, pasemos á revisarlas para confirmar, que esta plazuela es una de las dignas de verse.

Al entrar á ella tenemos un portal, tan descuidado, tan viejo y tan sucio, que al contemplarlo, apenas se cree, que hay poliefa en México.

Sostiene ese portal unas casas de aspecto comun, siendo todas casi propiedad ya de particulares. En el portal se vé la administracion de unos cuantos coches de alquiler que hay en la plazuela; administracion formada por una tienda de madera, en el que está encerrado el vigilante, como un santo en su nicho ó un toro en su toril. Despues se observan unas pequeñas mesitas numeradas, á donde pasan la vida desempeñando sus funciones los *evangelistas*, esos escribientes del pueblo. El *evangelista* es un hombre, que vive de la ignorancia de los demas: por una corta gratificacion pone á nombre de una madre una carta para el hijo ausente, ó á la esposa para el marido preso, ó al amante para la querida. En ese portal vegeta, hasta que una enfermedad lo lleva á un hospital, donde muere tan pobre y tan tranquilo, como ha vivido.

Si se nos permite emitir un deseo, dirémos que querríamos que el comercio comprase los edificios del portal para hacer una Lonja: estar frente á la Aduana explicaría la eleccion de este sitio para una Bolsa, y su proximidad á los Dominicos haría un magnífico contraste.

El convento de Santo Domingo, uno de los mejores de la capital, es notable por el carácter de la arquitectura de su frontispicio. Solo el espíritu monacal pudo haber inventado cercar la Iglesia con una pared tosca y elevada, y pintarlo todo de amarillo, quitando con aquello la vista de todo el edificio. Seria mejor que esa cerca se tornase por un enrejado de fierro, lo que cambiaria el aspecto del conjunto, y haria brillar el frente de la iglesia, que es muy bello y elegante.

Este convento era uno de los mas ricos de la capital, y tal vez el mas distinguido; pero hoy se encuentra en un lamentable estado de decadencia, y por diferentes causas ha llegado casi á su ruina.

La Aduana forma el lado Oriente de la plaza. No siempre ha sido lo que es hoy, porque sujeta á los decretos del gobierno, ha sufrido los caprichos de la inestabilidad política, como una muger resiente la versatilidad de su marido. Nada tiene ese edificio de notable: es grande, feo, mal repartido y peor cuidado. Cuando dejó de ser Aduana, fué conservatorio de música, casa de vecindad, colegio científico y literario, hasta que volvió á su ser primitivo, con el restablecimiento de las alcabalas.

El ángulo que forman las calles de la *Perpetua* y los *Sepulcros* al desembocar en la plazuela, está cortado por el pórtico de la ex-Inquisicion. Hé aquí por qué dijimos al comenzar que esta Plaza de Santo Domingo era un emblema de los adelantos del espíritu humano. La inquisicion frente á los dominicos, pinta aquella terrible época en que era un crimen pensar, y en que se quemaba al hombre para enseñarle á amar á Dios!... La inquisicion, pasada la época del terrorismo, prestó sus sangrientas y sombrías paredes, para que sirvieran de prisiones de Estado. ¡Cuántas familias recuerdan llorando el famoso patio de los Naranjos!

Pero, cuán mutable es la condicion de las cosas humanas! Este edificio imponente, cuyo aspecto ponía terror en el corazon, cuya sombra tenía algo de frio y siniestro como la muerte, despues de haber sufrido grandes y diversas vicisitudes, despues de haber servido de Seminario conciliar, es hoy el local en donde se ha planteado definitivamente el Colegio de Medicina. Montado con un lujo desconocido aun de los demas colegios reglamentado por leyes sábias y liberales, lo mas escogido de la juventud mexicana, se apresura por concurrir á sus aulas para recibir una sólida instruccion, sin la degradante férula clerical. Aquí tenemos otra aplicacion del contraste, adonde antes se descuartizaba para matar el pensamiento, hoy se usa del bisturi y el cuchillo, en provecho de la ciencia y bien de la humanidad.

Esto es lo mas notable de la Plazuela de Santo Domingo. El viajero europeo verá, que si no hemos sido eruditos en la descripcion, no nos ha faltado veracidad, ya que no era posible entrar en detalles mas minuciosos por no traspasar los límites de un artículo de esta naturaleza.

HILARION FRÍAS Y SOTO.